

XX Domingo del Tiempo Ordinario • AÑO B • Jn 6, 51-58

• Primera lectura • Pr 9, 1-6 • *“Comed de mi pan y bebed el vino que he mezclado”.*

• Salmo • 33 • *“Gustad y ved qué bueno es el Señor”.*

• Segunda lectura • Ef 5, 15-20 • *“Daos cuenta de lo que el Señor quiere”.*

• Evangelio • Jn 6, 51-58 • *“Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida”.*

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: *«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan, vivirá para siempre Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo».*

Disputaban entonces los judíos entre si: *«¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?»*

Entonces Jesús les dijo: *«Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come, vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres que lo comieron y murieron: el que come este pan vivirá para siempre».*



Con el texto de este Evangelio concluimos la reflexión que nos hace San Juan sobre el pan de vida que es Jesús.

En el relato aparecen afirmaciones que no son nuevas, que ya se han dicho anteriormente: comer y beber la carne y la sangre del Hijo del Hombre, el pan bajado del cielo para vivir para siempre...

Jesús dice de nuevo, de sí mismo, que es el pan vivo bajado del cielo, pan vivo para todos los que lo coman. Pan que da la vida eterna.

Si en los relatos anteriores se insistía en *“venir a mí”, “creer en mí”,* ahora toma fuerza *“comer”,* esta es la palabra clave.

Los judíos hacían una lectura materialista de las palabras de Jesús.

Como en otro momento lo hizo la samaritana *«Señor si ni siquiera tienes con qué sacar el agua, y el pozo es hondo, ¿cómo puedes darme agua viva?»*

Y también Nicodemo cuando se pregunta: *«¿Es que un hombre puede entrar de nuevo en el vientre de la madre?»*

Y Jesús ha de aclarar que se trata de otro nacimiento: del agua y del Espíritu, es el Espíritu quien da vida.

Jesús hoy nos dice que el pan de vida es su propio cuerpo y su propia sangre que hemos de comer y beber: el que come su carne y bebe su san-

gre está en Él y Él en los que lo comemos.

Como Él vive gracias al Padre que lo ha enviado así los que comen su Cuerpo y beben su Sangre vivirán gracias a Él.

Por tanto se nos habla de una comunión con Dios Padre y con su Hijo Jesucristo.

Nos habla de algo más que un comer, se nos habla una adhesión a Él, de dejarnos penetrar totalmente por Él, no sólo intelectualmente sino en una comunión total. En la comunión experimentamos esta unión personal con Jesús.

El cúlmen de la Eucaristía es la Comunión. Todos juntos celebramos la Eucaristía pero cada uno nos acercamos a comulgar.

En la vida solemos decir *“que comulgamos con una personas, con aquella manera de pesar o de hacer”*.

¿Qué queremos decir con esta expresión? Que nos sentimos identificados con esa persona.

Comulgar con Jesús quiere decir no sólo que comemos la Eucaristía, el Cuerpo de Cristo sino que nos sentimos identificados con su manera de ser y de hacer.

Que nos identificamos con Dios Padre.

Se trata de una unión vital. *«El que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come, vivirá por mí»*.

Somos invitados a esta unión íntima con Jesús y con el Padre.

Jesús nos habla de vida, de vivir. Se trata de la vida de Dios que Jesús quiere comunicarnos. Si toda esta aportación de Jesús la aplicamos a la Eucaristía bien podemos decir que participamos en la Eucaristía en busca de vida, de la vida más grande.

Participamos también en ella para identificarnos

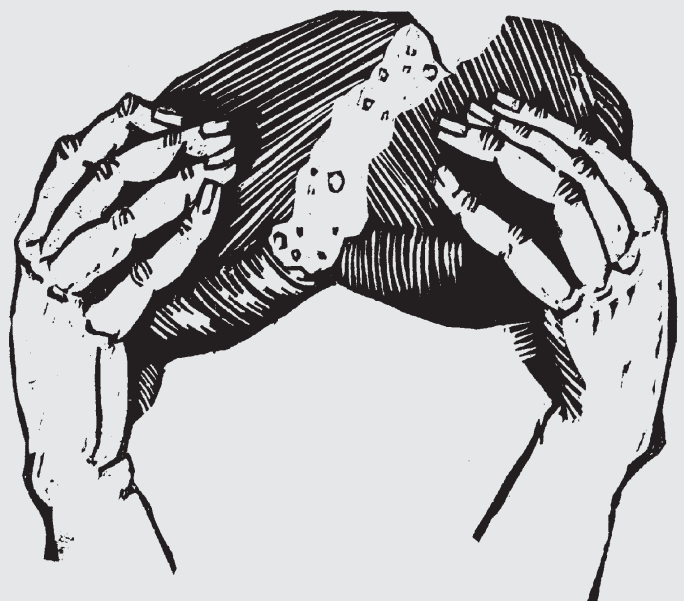
cada día más con Jesucristo. San Juan no nos relata la Última Cena, pero todo el texto de hoy tiene como trasfondo la institución de la Eucaristía.



Tomamos conciencia de la presencia de Dios y le pedimos la ayuda del Espíritu Santo para comprender y vivir lo que hoy nos dice la Palabra de Dios.

- ¿Qué es lo que Dios quiere decirme?
- Escucho de boca de Jesús estas palabras dichas para mí. Señor Tú me dices: comer, beber... tu cuerpo, tu sangre. ¡Qué misterio más grande!
- Me resultan familiares estas palabras de hoy. A diario las escucho en la celebración de la Eucaristía, con el peligro de dejarme llevar por la rutina.
- ¡Señor, que de lo ordinario, de lo de todos los días como la Eucaristía no me acostumbre nunca! Reviso mis comuniones.
- Le doy gracias por todas y cada una de ellas. Le pido a Dios que sepa valorar lo que supone comer tu Cuerpo.
- Llamadas

Oro a partir de todo lo que he contemplado.



EL QUE COME MI CARNE Y BEBE MI SANGRE HABITA EN MI Y YO EN ÉL

Señor Jesús, ¿podía el ser humano imaginarse cosa parecida? Somos casi como dioses. Pues comulgando a Cristo habitamos en Él y Él habita en nosotros.

Señor Jesús, tu apóstol San Juan no nos relata en su Evangelio la intimidad y emoción de la institución de la Eucaristía, la Última Cena; pero todo lo que estos domingos estamos escuchando entra perfectamente dentro del contexto de la Eucaristía. Aquella vivencia sublime del Jueves Santo San Juan la rumió a lo largo de su vida y en estos domingos nos ofrece su meditación.

Gracias, Señor Jesús, por milagro tan grande que a diario tenemos la posibilidad de hacerlo realidad.

Este es el cúlmen de toda persona religiosa: comulgar y formar una misma cosa con Jesucristo y con Dios Padre.

Simplemente por ello deberíamos disponernos a no desentonar en esta unión, a estar a la altura, a vivir en sintonía con lo que comulgamos.

Comulgar, Señor Jesús, es comer el Cuerpo de Cristo, estar contigo, Jesucristo y además identificarnos con tus proyectos, con tus ideas, con tus sentimientos, con tus opciones, con tus alegrías y con tus penas, con toda tu persona.

Esa comunión de tu cuerpo ha de ir acompañada de un trabajo permanente por comulgar con toda

tu persona. Es fácil acercarse a comer el Cuerpo de Cristo pero es más complicado trabajar, día a día, por esa identificación.

Ayúdanos, Señor Jesús, a valorar, como es debido, la Comunión del Cuerpo de Cristo y a no quedarnos con la comunión material de tu Cuerpo, que es el gran portento.

Ayúdanos a que trabajemos por identificarnos con tu persona. Ese es el gran trabajo a realizar.

Que nuestras comuniones nos ayuden a identificarnos contigo, Señor Jesús y con Dios Padre para que a su vez nosotros, gracias a la Comunión del cuerpo de Cristo, nos convirtamos en buen pan par el mundo.

Que nosotros podamos decir al mundo de nuestras vidas, como Tú, Señor Jesús, «*tomad y comed*».

Perdón, Señor Jesús, por nuestras comuniones rutinarias; perdón por nuestras faltas de esfuerzo por identificarnos, cada día más, a tu persona.



Ver • Juzgar • Actuar

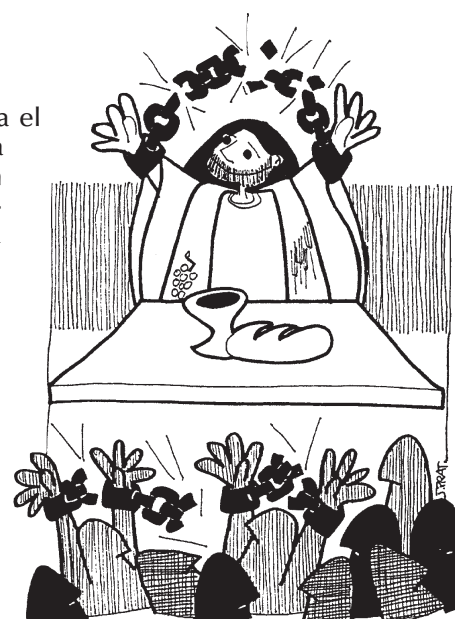
“Aprovecha la ocasión”

VER

Al inicio de las rebajas de verano, se anunciaban descuentos de hasta el 70%. Las asociaciones de consumidores recomendaban prudencia para no ser víctimas de fraudes, pero algunas personas afirmaban que iban a las rebajas porque era la ocasión de adquirir los artículos que, por su elevado precio, no habían podido comprar en los meses precedentes, y había que aprovechar la ocasión. Por este motivo desde primera hora del día de comienzo de las rebajas aguardaban en la puerta de las grandes superficies para ser los primeros y no quedarse sin el producto deseado.

JUZGAR

A mediados de verano, cuando aún continúa la época de rebajas en los comercios, san Pablo parece que nos ha hecho también una invitación al consumo: «*Sabed comprar la ocasión, porque vienen días malos*»; a la vez que también hace una llamada a la prudencia: «*Fijaos bien cómo andáis; no seáis insensatos, sino sensatos*». Evidentemente,



san Pablo se refiere a la dimensión espiritual de la persona, porque ésta tiene repercusiones en todas las demás dimensiones de su vida.

En este sentido, desde diversas instancias de la Iglesia se ha advertido repetidamente sobre las causas morales de la actual crisis económica. Ya en 1985 el actual Papa Benedicto XVI, entonces Cardinal Ratzinger, pronunció una conferencia en la que constataba que la violación de los principios de justicia social deriva en problemas económicos. Y así lo refleja en su actual Encíclica *"Caritas in veritate. La caridad en la verdad"*. De ahí que si la crisis humana y de valores no se afronta, aún vendrán más días malos, como advertía san Pablo.

Por eso ahora es el momento de *"aprovechar la ocasión"*. Y el modo de encauzar nuestra vida personal y social por cauces verdaderamente humanos lo tenemos en el seguimiento de Jesús. Y como decíamos la semana pasada, Él no sólo nos enseña el camino y el modo de recorrerlo, sino que se hace nuestro alimento: *«El pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo»*.

Saber *«comprar la ocasión»*, ser *«sensatos»*, supone aprovechar esta presencia continua de Jesús en la Eucaristía, vivirla y participar en ella no como en una simple ceremonia ritual, sino como un verdadero encuentro, íntimo, profundo: *«El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él»*. Un encuentro que para el que quiera seguir realmente a Jesús es *"vital"*, porque *«si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros»*. Si no nos dejamos habitar por Jesús en la Eucaristía no sabremos lo que es llevar una vida verdaderamente humana.

ACTUAR

Teniendo esto presente, podemos reflexionar: ¿Vivo mi fe buscando *"rebajas"*, que no *"me cueste"*? ¿Sé *"comprar la ocasión"*, aprovecho las oportunidades de formación que se me ofrecen



para crecer y madurar en la fe, aunque me suponga algún esfuerzo personal? ¿Soy consciente de que siguiendo los valores del Evangelio estoy contribuyendo a paliar la crisis social, de que mi seguimiento de Jesús tiene repercusiones en las demás dimensiones no sólo de mi vida personal, sino de la vida social? ¿Vivo la Eucaristía como encuentro íntimo con el Señor, me da vida, siento que el Señor habita en mí y yo en Él, o se queda en algo excesivamente superficial?

«No seáis insensatos, sino sensatos», decía san Pablo. Sepamos *«comprar la ocasión»*: Dios no nos hace rebajas, tenemos a nuestro alcance *«el pan que ha bajado del cielo para la vida del mundo»*. Alimentémonos bien de ese Pan, dejémonos habitar por el Señor, y que ese alimento se traduzca en un estilo de vida que repercuta positivamente en toda la sociedad. El 7 de julio el Papa Benedicto XVI hizo pública su tercera encíclica, con el título de *"Caritas in Veritate. El Amor en la Verdad"*. En ella aborda aspectos de la Doctrina Social de la Iglesia, realizando una reflexión sobre las condiciones de un *"desarrollo integral"* y un *"progreso sostenible en el respeto pleno de la dignidad humana y de las exigencias reales de todos"*. Comprometámonos a leer esta encíclica, para que la celebración de nuestra fe nos mueva a la acción y así, como seguidores del Resucitado, continuar su misión de *"dar vida al mundo"*. Como dijo el Papa al hablar de su encíclica: *«Pidamos que Cristo viva en nuestros corazones y nos haga ser hombres nuevos, que actúan según la verdad en la caridad»*.

Acción Católica General
Alfonso XI, 4 5º
28014 - Madrid
www.accioncatolicageneral.es